

TRACE

**Traditional Children's Stories for a common
Future**

El peregrine y el orfebre



Co-funded by the
Erasmus+ Programme
of the European Union



Dijo el rey Dabschelim al filósofo Bidpai: Cuéntame la fábula del hombre que hace favores a quien no debe y aún así espera que les sean agradecidos.

“Es cierto”, dijo el filósofo, “que los reyes y cualquier otro individuo deben conceder favores a personas de las que esperan que le sean agradecidas, sinceras y que tengan pretensiones moderadas; y por ello no agotar toda su generosidad en parientes y amigos. Por ello, las distinciones que otorga un soberano se convierten en un título de honor para quien las recibe, por lo que tanto el noble como el súbdito más humilde que aspire al favor real debe recibirlo cuando el monarca haya comprobado su sensibilidad y amabilidad y que éste es incapaz de falsedad o ingratitud alguna.

La conducta de un rey atendiendo las pretensiones de aquéllos que aspiran a promociones y recompensas se parece a la práctica de un médico competente que no se conforma con examinar al enfermo antes de recetarle la medicación, sino que le toma el pulso, y conoce la naturaleza y la causa de su enfermedad y sólo en ese momento le prescribe las medicinas. Además, el hombre entendido, si encuentra entre personas humildes signos de integridad y de ser agradecidas, o incluso si descubre entre animales salvajes a algunos cuyos instintos les hacen sensibles a buen trato, y un poder para discriminar a su benefactor, empleará la afabilidad y la amabilidad para ganárselos a su interés, por si un día pueda necesitar de sus servicios. Por ello, a veces vemos que un hombre cuyo buen juicio es indiscutible, se ve obligado por desconfianza a sus semejantes, a tomar precauciones ante aquéllos con los que se relaciona, al tiempo que no teme arropar a una comadreja con su propia capa, y toma un ave y la coloca en su propia mano. Por ello, es imprudente despreciar a cualquier persona o bestia, grande o pequeña, sin haber examinado su utilidad. Ésta es la norma apropiada para la conducta que debe ser realizada hacia ellos. Y ésta es una máxima que ha estado a menudo en boca de hombres sabios o ancianos, y la contiene la siguiente fábula”:

Dijo el filósofo: “Dicen que unos hombres cavaron en el monte una fosa y en él cayeron un mono, una serpiente, un tigre y un hombre, orfebre de profesión, y ninguno de ellos le hizo al otro mal alguno. Y sucedió que pasó por allí un peregrino y, al verlos allí, se dijo: “No podré hacer mejor obra que librar a este hombre de estas bestias que le quieren mal, para así ganarme la vida eterna” Así que cogió una cuerda y la lanzó a lo hondo del foso, y el mono, gracias a su destreza y agilidad, fue el primero en agarrarse al cabo y subir. El peregrino volvió a lanzar la cuerda, enroscándose alrededor de ella la serpiente y logrando salir. Luego lanzó la cuerda por tercera vez, agarrándose el tigre, que también salió. Luego las tres bestias le agradecieron que les hubiera salvado y le rogaron que no sacase del foso al orfebre, explicando que los hombres en general y en particular la persona que seguía en la fosa, eran incapaces de mostrar cualquier clase de gratitud.

Luego el mono le dijo al peregrino: “Yo vivo en una montaña cercana a Nawadarajt.”

El tigre añadió: “yo vivo en un bosque cerca de esa ciudad” Y la serpiente comentó: yo habito en las murallas que rodean la ciudad. Si pasas por nuestro barrio en cualquier ocasión, y necesitas de nuestros servicios, llámanos y nosotros te asistiremos como recompensa de la amabilidad que nos has mostrado.”

Sin embargo, el peregrino no hizo caso alguno a las advertencias que les había hecho sobre la ingratitud del hombre, por lo que lanzó de nuevo la cuerda y sacó al orfebre, quien le agradeció lo que acababa de hacer y le dijo: “Si alguna vez vas a Nawadarajt, pregunta por mi casa; soy orfebre, y me hará muy feliz poder hacer cualquier cosa por ti por el servicio que me acabas de prestar.”

Luego el orfebre volvió a la ciudad y el peregrino prosiguió su viaje.

Cierto tiempo después, el peregrino tuvo ocasión de ir a Nawadarajt, y conforme caminaba, el mono se encontró con él y le saludó, besando sus pies y disculpándose por la poca habilidad de los monos de agasajar a los amigos. Aún así, el mono le rogó que se sentase y que esperase a que regresara. Luego el mono se marchó, volviendo al poco tiempo con una gran variedad de frutas que colocó ante el peregrino, que después de comer tanto como le apeteció, siguió su camino.

Conforme se aproximaba a las puertas de la ciudad, el tigre se le fue acercando, y colocándose ante él en una posición de sumisión, le dijo: “Espera un momento, que regreso enseguida.” Luego el tigre se marchó entrando en la ciudad por una de las puertas y matando a la hija del rey, quitándole las joyas que llevaba y entregándoselas al peregrino sin informarle del modo en el que las había conseguido.

Entonces el peregrino se dijo: “Estas bestias me han tratado muy amablemente; ahora siento curiosidad por lo que haga el orfebre. Si es pobre, y no tiene modo alguno de mostrar su agradecimiento, al menos podría ayudarme a vender las joyas y, por supuesto, compartiría con él la mitad de lo que le paguen por ellas.” Así pues, el peregrino fue en busca del joyero, quien al verlo, le saludó y le hizo pasar a su casa. Al observar las alhajas, enseguida las reconoció, ya que era las había hecho él mismo para la princesa.

Luego le dijo al peregrino que no tenía en casa provisiones que estuvieran a su altura, pero que si esperaba un poco, le serviría algo de comer. A continuación salió y se dijo: “Ésta es una oportunidad que no puedo dejar pasar: iré ante el rey y le informaré de lo que acabo de descubrir, y sin lugar a dudas, me recompensará.”

Luego se dirigió hacia el palacio del rey, y se anunció con el siguiente mensaje: “La persona que ha matado a tu hija y robado sus joyas, se encuentra en este momento en mi casa.”

Luego el rey ordenó que el peregrino fuera llevado ante su presencia y tan pronto como comprobó que tenía las joyas en su poder, ordenó que lo prendiesen y lo torturasen y que luego fuese sometido a escarnio público en la ciudad y que finalmente lo ejecutasen.

Mientras se le infringía el castigo, el peregrino comenzó a sollozar y gritar en voz alta diciendo: “Si hubiera hecho caso a las advertencias que el mono, la serpiente y el tigre me dieron sobre la ingratitud de este hombre, me hubiera librado de este infortunio.”

Como el peregrino no cesaba de repetir estas palabras, la serpiente le oyó y salió de su agujero, reconociendo a su benefactor. Se preocupó tanto por la situación que éste estaba viviendo, que inmediatamente pensó en un plan para liberarle, por lo que fue y picó al hijo del rey. El monarca convocó entonces a todos los sabios del Reino, que intentaron en vano deshacer el efecto del veneno con sus encantamientos y artes mágicas.

Resulta que la serpiente tenía una hermana que era un genio, así que acudió a ella y le contó lo amable que había sido el peregrino con ella y la mala fortuna que éste había tenido, conmoviéndola con la historia, por lo que fue donde se encontraba el hijo del rey y, haciéndose invisible, le dijo que no sanaría hasta que el hombre que había sido castigado tan injustamente realizase un encantamiento a su favor.

Más tarde la serpiente fue a la mazmorra donde se encontraba el peregrino y si bien le reprochó no haber seguido su consejo sobre el orfebre, le dio unas hojas que servían como antídoto para el veneno. La serpiente le explicó que debía hervirlas y cuando fuese convocado para anular los efectos del veneno, debía dar a beber el brebaje al hijo del rey y de este modo se curaría. Además, le explicó que cuando el rey le preguntase sobre su persona, debía contarle con toda franqueza todo lo que le había acontecido y así, con ayuda del cielo, lograría salvarse.

Mientras, el hijo del rey ya le había contado a su padre que había escuchado una voz que le había indicado que no se curaría hasta que el hombre que había sido injustamente apresado hiciese un hechizo que deshiciese los efectos del veneno de la serpiente. El monarca ordenó entonces que el peregrino le fuese llevado a su presencia y le ordenó que hiciera un encantamiento para curar a su hijo.

El peregrino dijo entonces: “Nada sé de encantamientos, más si el niño bebe de una infusión que prepararé con estas hojas, sanará, con la ayuda del cielo.”

A continuación le dio a beber al niño, y éste, para gran júbilo y satisfacción de su padre, se restableció de inmediato. Entonces el rey le pidió al peregrino que le contara su historia, y éste le relató todo lo que le había sucedido.

Luego el rey le agradeció y le hizo un bonito presente y ordenó que, en lugar del peregrino, se le diera muerte al orfebre. La sentencia fue ejecutada como justo castigo por el falso testimonio que el orfebre había prestado y por haber devuelto con mal por la buena acción que había recibido.

“Por tanto”, concluyó Bidpai, “en la ingratitud del orfebre hacia el peregrino y, por otro lado, en la gratitud de las bestias hacia su benefactor, por medio del cual escaparon del peligro que les amenazaba, se encuentra una lección para aquéllos que saben escuchar las

lecciones y una cuestión de reflexión para el hombre considerado, que, tanto por motivos de prudencia como de interés, aprenderá de esta lección a elegir como objeto de su generosidad y favor a aquéllos que posean integridad y sentimientos honorables, en cualquier rango o condición de vida en la que los encuentre.”oji način žive.